

PALABRAS DEL DOCTOR HÉCTOR FIX-ZAMUDIO EN LA
CEREMONIA DE DEVELACIÓN DEL RETRATO DEL
DOCTOR JORGE CARPIZO *

Señor Rector de la UNAM, doctor José Sarukhán Kermez;
Señor doctor Jorge Carpizo;
Amigos universitarios;
Señoras y señores:

Se me ha otorgado el gran honor de dirigir unas palabras con motivo de la develación del retrato del doctor Jorge Carpizo en su calidad de anterior rector de esta Universidad, encomienda que me ha producido una gran satisfacción, por una parte, pero también una gran inquietud por la otra, debido a lo difícil del encargo.

En efecto, no resulta de ninguna manera sencillo destacar en unas cuantas líneas la significación de Jorge Carpizo como persona, como universitario y como rector, ya que en cada una de estas tres dimensiones debe considerársele excepcional.

Me ha tocado el privilegio, debido a mis largos años de estancia en esta Universidad, de presenciar el desarrollo que inició Jorge Carpizo con sus brillantes estudios de licenciatura en la Facultad de Derecho y que adquirió a lo largo de los años una importancia cada vez más amplia en sus actividades universitarias.

Lo recuerdo en los años sesenta como becario de la Coordinación de Humanidades bajo la tutoría del ilustre jurista Mario de la Cueva. Todavía como pasante dejó un importante cargo en la Secretaría de Educación Pública para incorporarse como secretario en el entonces pequeño Instituto de Derecho Comparado de esta propia Universidad, del que era director el que esto habla, y entonces pude apreciar muy de cerca sus extraordinarias cualidades personales, ya que no obstante su juventud demostró desde aquella época una gran madurez, una ex-

* Efectuada en la Sala de Rectores del Palacio de Minería el 24 de abril de 1990.

cepcional capacidad de trabajo, una entrega incondicional a sus labores y, además, las nacientes cualidades de un verdadero líder académico.

Parafraseando a Napoleón Bonaparte, podemos afirmar que el joven Carpizo ya llevaba en su mochila el bastón de mariscal.

Al regreso de sus estudios de posgrado en Europa, se incorporó al equipo del rector Pablo González Casanova como subdirector jurídico y como asesor, con lo que inició una brillante carrera académico-administrativa, que culminó, como todos sabemos, en el más alto cargo al que puede aspirar un universitario: el de rector.

Durante el rectorado del doctor Guillermo Soberón ocupó sucesivamente los cargos de abogado general, coordinador de Humanidades y director del Instituto de Investigaciones Jurídicas de esta Universidad.

En cada uno de dichos cargos desempeñó sus funciones de manera brillante y extraordinaria. Transformó la abogacía general, de un cargo poco significativo, en una de las dependencias de mayor jerarquía en la Universidad. Como coordinador de Humanidades no sólo logró que los institutos del área incrementaran de manera importante su labor académica, sino que tuvo a su cargo la complicada tarea de coordinar las actividades del Cincuentenario de la Autonomía Universitaria, labor que realizó con inusitada eficacia, pues todos recordamos los numerosos e importantes eventos, exposiciones, conmemoraciones y publicaciones que se realizaron entonces; además logró la singular reunión de los artistas plásticos más importantes del país en la realización común del internacionalmente conocido Centro del Espacio Escultórico de esta Universidad.

Como director del Instituto de Investigaciones Jurídicas logró que se incrementara de manera notable tanto el personal académico como las labores de investigación del Instituto, que se transformó en uno de los más eficientes de nuestra Universidad, si se toman en cuenta los numerosos y trascendentes eventos académicos y las numerosas publicaciones que se lograron durante su gestión. Además, inició la costumbre de la rendición de un informe anual y de un plan de metas mínimas de actividades del Instituto, que ahora se efectúa normalmente en una gran parte de las escuelas, facultades e institutos de nuestra casa de estudios.

Todo lo anterior sin descuidar sus tareas de docencia y de investigación, ya que nunca dejó de impartir su cátedra de derecho constitucional en la Facultad de Derecho, salvo en la época en que sus abrumadoras actividades de la Rectoría se lo impidieron. Como ejemplo significativo de su labor de investigación, podemos mencionar que le

fue conferido uno de los premios anuales de la Academia de la Investigación Científica y obtuvo la categoría más elevada en el Sistema Nacional de Investigadores. Su libro sobre el régimen presidencial mexicano, además de varias ediciones en nuestro país, ha sido traducido al italiano y al alemán, y la versión inglesa está por aparecer, lo que nos indica la trascendencia internacional de su obra jurídica.

Está tan próxima su labor como rector de esta Universidad, durante los cuatro pero muy intensos años en los cuales dirigió con mano firme y certera los destinos de esta Universidad, que resulta innecesario destacarla nuevamente, pues todos los presentes hemos vivido esos años tan importantes, con la misma intensidad.

Sin embargo, y sólo para cumplir el encargo que se me ha conferido, me limito a señalar algunos aspectos de su insólita labor que ha dejado en la Universidad y en todos nosotros una profunda e imborrable impresión.

Pudo ser recordado únicamente por sus dinámicas actividades en beneficio de la docencia y la investigación en la Universidad y permanecer tranquilo en su cargo. Pero su extraordinario sentido de responsabilidad lo llevó a producir un gran sacudimiento en nuestra Universidad en búsqueda del ideal de la excelencia académica. Su agudo diagnóstico contenido en el clásico documento intitulado *Fortaleza y debilidad de la Universidad*, debe considerarse permanente. En él señaló los aspectos esenciales de los logros y de las carencias de nuestra comunidad. No se conformó con ello, sino que realizó el intento de una reforma sustancial, que en su primera etapa fue aprobada por el Consejo Universitario, y que contenía un conjunto de medidas inaplazables para lograr una paulatina mejoría académica.

Pero los grupos políticos, que siempre han estado al acecho de cualquier innovación para tomarla como pretexto de agitación, como ya ha ocurrido en otras ocasiones en la Universidad y con argumentos similares, se opusieron irracionalmente a estas medidas y lograron paralizar la Universidad. Varios de estos instrumentos fueron suspendidos para evitar males mayores, pero allí quedan como ejemplo de los medios que es necesario adoptar para perfeccionar académicamente a nuestra Universidad. También entonces surgió la concertación para organizar el Congreso Universitario, cuyas labores están por iniciarse en pocos días y que deseamos puedan desembocar en proposiciones que permitan mejorar a nuestra casa de estudios, y de las cuales son ejemplo las que inició el rector Carpizo y que desafortunadamente no pudo implantar. Tenemos la esperanza de que nuestro actual rector, el doc-

tor José Sarukhán, aquí presente, que es un notable científico, pueda lograr el ideal de la excelencia académica por el que tanto luchó el entonces rector Carpizo.

Como si la labor anterior del entonces rector Carpizo no fuese suficiente, y en una época de aguda crisis económica que todavía no logramos superar, pudo realizar obras materiales de gran envergadura, entre las que destaca la construcción de la Ciudad de la Investigación en Humanidades, realmente excepcional, así como el edificio que contiene las instalaciones de la Televisión Universitaria, además de muchas otras obras que han servido de incentivo a la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, que son los fines esenciales de la Universidad.

La mayoría de los aquí presentes escuchamos con emoción el extraordinario informe y el trascendental mensaje que expuso el entonces rector Carpizo en los últimos días de su gestión. En dicho histórico documento expresó con inusitada sinceridad sus extraordinarios logros y aquellos propósitos que por causas ajenas a su voluntad no pudo implantar.

Tengo la firme convicción, que seguramente comparten los asistentes a este acto, de que el doctor Jorge Carpizo fue un rector excepcional en una Universidad en la que, no obstante todos sus problemas, ha tenido grandes rectores. La comparación con ellos agranda la figura de Jorge Carpizo. Ha dejado una huella profunda y perdurable, no sólo como máxima autoridad universitaria, sino en todos los cargos que desempeñó y en sus notables actividades académicas.

El retrato que ahora se descubre contiene la imagen de un ilustre académico universitario, que nos hace sentir orgullosos de ser académicos y de ser universitarios.